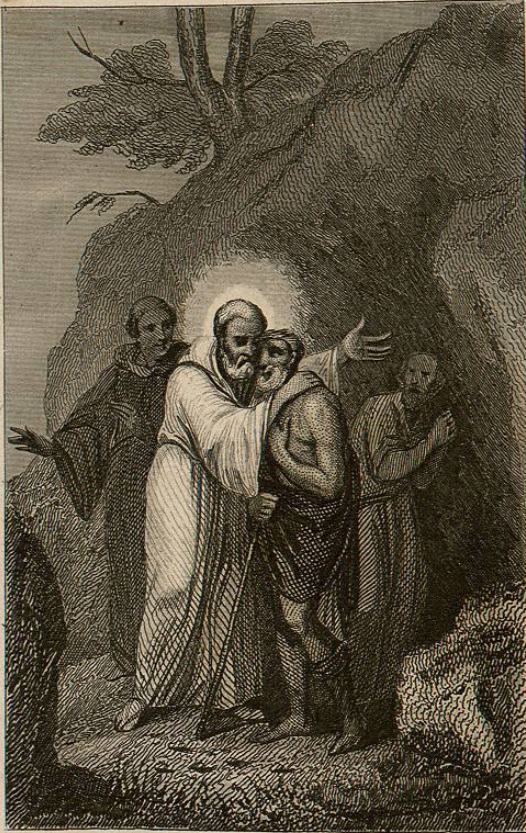


T. 2.

541.



S. ROMANO, FUND.

## DIA VEINTE Y OCHO.

## SAN ROMANO,

FUNDADOR DE LOS MONASTERIOS DEL MONTE-JURA, LLAMADOS HOY  
SAN CLAUDIO.

Nació san Romano en el condado de Borgoña hácia el año 390. Criaronle sus padres en el santo temor de Dios, y así la niñez como la juventud la pasó con grande inocencia. Por la rectitud de su corazón, y por la pureza de sus costumbres fué desde entonces respetado como santo. Tenia Romano deseo verdadero de serlo; y pareciéndole que el mundo estaba lleno de escollos para la virtud, resolvió buscar mas seguro abrigo para la inocencia en el retiro y la soledad.

Hallándose poco instruido en la vida monástica, desconocida entonces en aquel país, determinó ir á visitar á un santo abad de Leon, llamado Sabino, para aprender en su especial magisterio la ciencia de la salvacion, y los caminos derechos de la perfeccion evangélica.

Los grandes ejemplos que observó en aquella religiosa comunidad, le avivaron de nuevo los deseos de imitarlos. Enseñado en tan buena escuela, se retiró de ella con muchos aumentos de fervor, llevando consigo el libro de las vidas de los santos padres, y las instituciones de los abades, que se cree ser las conferencias de Casiano.

Resuelto á practicar él solo todas las virtudes que admiraba en los otros, se fué á esconder entre las malezas del Monte-Jura, que separa el Franco Con-



dato del país de los Suizos, dentro de los términos de la diócesis de Leon. Encontró en aquellas empinadas montañas un valle llamado Condat, en medio del cual se elevaba un pino de enorme corpulencia, cuyas ramas horizontalmente extendidas y entretejidas entre sí, formaban una especie de techo bastantemente unido, así para no dar entrada á los rayos del sol, como para defender de la lluvia. Al pié de él, ó no muy distante, brotaba una fuente de agua cristalina rodeada de algunas zarzas, que producian cierta especie de frutilla como azerolas silvestres, de gusto desabrido y agrio. Determinó quedarse en aquel sitio, pasando en él algunos años en una perfecta soledad, tan olvidado del mundo, como el mundo habia sido olvidado de él.

Empleaba una gran parte del día y de la noche en meditar las grandes verdades de la Religion, en cantar salmos, y en considerar las misericordias del Señor. Lo restante del tiempo lo ocupaba ya en cultivar un corto espacio de tierra, ya en leer las vidas de los padres y las instituciones de los abades, pudiéndose decir que apenas interrumpia sus ejercicios el breve sueño y reposo que tomaba.

Ya habia muchos años que nuestro santo estaba como enterrado vivo en aquella horrorosa soledad, cuando una noche apareció á su hermano segundo, llamado Lupicino, á quien habia dejado en el mundo, convidándole á que viniese á juntarse con él para participar de las celestiales dulzuras que gozaba en el desierto. Despertó Lupicino, y movido de la vision, dejó á su padre y á su hermana, y fué al instante á hacerse discípulo de su santo hermano.

Eran tan grandes los progresos que los dos fervorosos solitarios hacian en el camino de la virtud, que no era fácil los dejase tranquilos el enemigo comun de nuestra salvacion. Refiere Gregorio Turonense que el

demonio intentó desviarlos del desierto con todo género de tentaciones, y sobre todo haciendo caer sobre ellos una recia lluvia de piedras siempre que se ponian en oracion. Salióle bien este artificio, porque como los dos nuevos solitarios eran muy hisoños, y estaban poco aguerridos en esta especie de combate, tomaron la resolucion de desamparar aquel sitio para buscar otro donde viviesen mas sosegados. Yendo ya de camino, les fué preciso hospedarse en casa de una buena mujer, quien, sabiendo por ellos la causa de su fuga, les representó con tal viveza el daño que se hacian en rendirse á la tentacion, y les habló con tanto celo, que, avergonzados de su cobardía, volvieron pié atrás, y en la misma hora se restituyeron á su antigua soledad.

Siguióse á esta generosa resolucion nuevo aumento de fervor, extendiéndose tanto por todas partes el buen olor de su virtud, que en poco tiempo les atrajo un gran número de discípulos. Los primeros que con no corto trabajo descubrieron el lugar donde estaban escondidos nuestros santos, fueron dos jóvenes eclesiásticos de Noyon, á los que siguieron tantos otros, que fué menester edificar un monasterio, siendo este el principio de la célebre abadía de Condat, que fué llamada despues de san Oyend, discípulo de nuestro santo, y finalmente de san Claudio, obispo de Besançon, que habiendo renunciado el obispado, se retiró á ella, y cuyo santo cuerpo se conserva allí hasta hoy todo entero, haciendo gran número de milagros.

A la fama de los muchos que cada día obraban nuestros santos en su desierto, concurrió tanta multitud de gente, que fué preciso edificar otro segundo monasterio en un lugar inmediato llamado Laucone; y aunque el humor y el genio de los dos santos hermanos era muy diferente, el Espiritu Santo los unió



con tan perfecta conformidad de voluntades , que ninguna cosa pudo jamás descomponer ni aun alterar su armonia.

San Lupicino era de genio austero y duro , severo para sí y no menos severo para los otros, y de una rigidez inflexible; pero san Romano era su correctivo, siendo por carácter afable, indulgente y dulce; á la verdad austero para sí, pero suavísimo para los otros, de cuyas miserias sabia compadecerse.

Gobernaba cada uno de los santos separadamente su monasterio; pero la regla y el espíritu era uno mismo. No es fácil explicar el fervor, la soledad y la penitencia de aquellos santos religiosos; su piedad, el total desasimiento de todas las cosas, su continuo silencio y las demás virtudes que practicaban, era el asunto de la admiracion y de los elogios de toda la Francia; mas faltó poco para que el artificio del enemigo comun diese en tierra con aquella santa obra.

Llegó un año mas abundante que los demás, y aumentándose las provisiones del monasterio, juzgaron algunos religiosos poco mortificados que tambien debia aumentarse la racion de los monjes. Comenzaron las quejas, y siguióse á ellas el turbarse la paz del monasterio de Condat. Temiendo san Lupicino que la demasiada blandura de su hermano no seria bastante para remediar aquel desorden, le propuso que por algun tiempo trocassen de gobiernos, que él se encargaria por algunos meses del de Condat, y que Romano gobernase mientras tanto el de Laucone.

Consintió Romano; pero apenas Lupicino comenzó á penitenciar á los monjes imperfectos, cuando en una sola noche se escaparon del monasterio gran parte de ellos. Con su fuga se restituyó la paz á la casa; pero Romano se afligió tan extraordinariamente, que con sus lágrimas, con sus oraciones y con sus gemidos, movió á compasion al Padre de las misericordias,

y consiguió de su piedad el arrepentimiento y la conversion de los fugitivos, que todos volvieron al monasterio llenos de un vivo dolor, y repararon despues con su penitencia y con su fervoroso porte el escándalo que habian dado con su apostasia.

Por este tiempo, poco mas ó menos, san Hilario, obispo de Arles, hallábase en Besancon, donde juzgaba podia ejercer toda la jurisdiccion episcopal, en virtud de la primacia de las Galias, que pretendia competirle. Oyó hablar de la extraordinaria virtud de Romano, y deseando verle, le envió á llamar. En las conversaciones que tuvo con nuestro santo, descubrió en él una santidad tan eminente, que, sin querer dar oidos á las representaciones de su humildad, le confirió los órdenes sagrados, y hecho ya sacerdote, le volvió á enviar á su monasterio de Condat.

La nueva dignidad solo sirvió para hacerle mas humilde, y para que sobresaliese mas la religiosa sencillez de su conducta, sin que jamás se conociese que era sacerdote, sino cuando se le veia en el altar.

Pero, creciendo cada dia el número de las personas que venian á ponerse bajo su direccion y disciplina, fué preciso edificar otros monasterios. Y como deseasen tambien muchas doncellas consagrarse al Señor bajo el magisterio de Romano, edificó para ellas un monasterio en Beaume, donde, cuando el santo murió, se contaban ciento y cinco religiosas gobernadas por una hermana del mismo santo, que fué su primera abadesa.

Yendo Romano á visitar el sepulcro de san Mauricio, que se venera en Agaune, con su compañero Paladio, les cogió la noche en el camino, y para pasarla, se refugiaron á una cueva donde se recogian dos leprosos, padre é hijo, que á la sazón habian salido á buscar un poco de leña para hacer lumbre. Cuando volvieron, quedaron admirados de ver en ella á los huéspedes;



pero aun se asombraron mucho mas cuando vieron que Romano se abalanzó á abrazarlos y á besarlos, sin tener horror ni asco de su lepra. Pasaron en oracion la mayor parte de la noche, como lo acostumbraban, y al mismo rayar el día se pusieron en camino. Los leprosos despertaron despues, y se hallaron del todo sanos. Sabiendo que Romano tomaba el camino de Ginebra, se adelantaron por otro mas breve, y contaron á todos el milagro que acababa de obrar en ellos, que siendo ambos muy conocidos de toda la ciudad, su vista era el testimonio mas fiel de la maravilla. Con esto el obispo y el pueblo le salieron á recibir al camino, y le condujeron á Ginebra como en triunfo. Estas honras sirvieron de gran tormento á san Romano, y le obligaron á volver cuanto antes á encerrarse en su monasterio, donde pocos meses despues, extenuado y casi consumido por sus grandes y continuas penitencias, lleno de merecimientos, rindió el espíritu á su Criador el día 28 de febrero del año 460, casi á los sesenta años de su edad, habiendo pasado mas de treinta en el desierto.

Fué llevado el santo cadáver al monasterio de Beaume, donde pasaron los religiosos de Condat á hacerle los funerales, continuando Dios en honrarle despues de muerto con los mismos milagros con que le habia honrado en vida. Los que juzgan que san Romano fué religioso benedictino, no advierten que san Benito nació al mundo veinte años despues que murió nuestro glorioso santo.

Parece que la célebre abadía de Condat no tomó el nombre de san Romano por no haber quedado en ella su santo cuerpo, pues que hasta el siglo décimotercio llevó el nombre de san Oyend, su tercer abad; cuyas reliquias posee, esto es, hasta que los grandes milagros que obró Dios en el sepulcro de San Claudio le hicieran dar el nombre de este santo.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de los santos mártires Macario, Rufino, Justo y Teófilo.

En Alejandria, el martirio de los santos Cereal, Púpulo, Cayo y Serapion.

Allí mismo, la memoria de los santos presbíteros, diáconos y otros muchísimos que en tiempo del emperador Diocleciano, asolando una peste toda la ciudad, se dedicaron al servicio de los apestados, y murieron en este santo ejercicio. Todas las personas de piedad los veneraron en todos los tiempos como á Mártires.

Sobre el Monte-Jura, en la diócesis de Leon, san Romano, abad, el primero que hizo vida eremítica en aquel desierto, adquiriendo tanta fama por sus virtudes y milagros, que fué en seguida padre de muchos solitarios.

En Pavia, la traslacion del cuerpo de san Agustín, obispo, llevado á esta ciudad desde Cerdeña por disposicion de Luitprando, rey de los Lombardos.

*La misa es del comun de los abades, y la oracion la que sigue.*

Intercessio nos, quæsumus,  
Domine, beati Romani abbat-  
tis commendet: ut quod nostris  
meritis non valemus, ejus pa-  
trocinio assequamur: Per Do-  
minum nostrum Jesum Chris-  
tum...

Suplicámoste, Señor, que la  
intercesion del bienaventurado  
abad san Romano nos haga gra-  
tos á vuestra Majestad, para  
conseguir por sus oraciones lo  
que no podemos por nuestros  
merecimientos: Por nuestro  
Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 3 de san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Quæ mihi fuerunt  
lucra, hæc arbitratus sum

Hermanos: Lo que antes  
tuve por ganancia, lo he repu-



propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei : propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius : configuratus morti ejus : si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis : non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim : sequor autem si quo modo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

tado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto, sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

## NOTA.

« En muchas ocasiones habian dado á san Pablo repetidas pruebas de su amor y de su liberalidad los cristianos de Filipos, ciudad de Macedonia, como el mismo apóstol lo asegura; y habiendo recibido en Roma durante su prision nuevos testimonios de su generosa caridad, les escribió esta epístola el año 61, mostrándoles en ella gran ternura, y exhortándolos á que sean sus imitadores, porque los apóstoles enseñaban cual debia ser la vida del cristiano mas con sus ejemplos que con sus palabras. Dirigese la

» carta á los obispos y á los diáconos de Filipos; pero » por nombre de *obispos* entiende los presbíteros, » cuyos nombres se confundian entonces frecuentemente. »

## REFLEXIONES.

No hay en la tierra bien, no hay fortuna, sino la que se refiere á Dios, nuestro único y soberano bien. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Nada es ventajoso sino lo que conduce para la salvacion.

El ilustre nacimiento ensoberbece; los grandes bienes de fortuna engrienen el corazon; las dignidades, los empleos lustrosos deslumbran y atolondran; pero por poca religion que se tenga, á poca reflexion que se haga, ¿se podrá fundar mucho sobre estas imaginarias prosperidades? Aquellos que las despreciaron, aquellos héroes del cristianismo, aquellos que á ejemplo de san Pablo miraron y apreciaron todo esto como si fuera un poco de estiércol, ¿se engañaron por ventura? y ¿seremos nosotros prudentes, si entendemos las cosas de otra manera que las entendieron ellos?

El que conoce á Jesucristo, ¿podrá pensar de otra manera? ¿Acaso conocemos bien á este Señor, y nos hacemos cargo de su doctrina? Aquellos cristianos cobardes, imperfectos, aquellas almas mundanas que reputan por grandes ventajas todo lo que satisface á la concupiscencia, todo lo que lisonjea á los sentidos, todo lo que nutre al amor propio, ¿reconocen estas á Jesucristo por su soberano dueño, por el árbitro de su suerte eterna, por su Redentor, por su Dios y por su Juez? ¿Conocen su ley y su doctrina tan contrarias á todo lo que desean, y tan opuestas á sus máximas y á sus costumbres? ¡Ah, mi Dios, y qué pocos fieles, qué pocos cristianos verdaderos se encuentran cuando se reflexiona en las costumbres del siglo!



Mira qué alto desprecio hace el apóstol san Pablo de todo lo que embelesa el corazón y el espíritu del mundo; grandes títulos, opulencia, delicias, dignidades, todo lo compara á la basura: *Hæc omnia arbitratus sum ut stercora*. El mismo concepto habrán de formar de estas cosas, por toda la eternidad, los bienaventurados en el cielo, y los condenados en las eternas ilamas. Todos, así en el cielo como en el infierno, conocerán la ninguna sustancia de las honras que nos deslumbran, la nada de los bienes falsos, y la vileza de todo lo que al presente nos encanta. ¡Mi Dios! ¿porqué no discurremos, porqué no pensamos mientras vivimos cómo hemos de pensar y cómo hemos de discurrir por toda la eternidad?

Todos somos discípulos de Cristo, rescatados por su preciosa sangre; pues preguntese cada uno á sí mismo la parte que tiene en su dolorosa pasión. ¿Represento yo en mí la imagen de su muerte? pues no siendo así, debemos esperar, cuando comparezcamos en su rígido tribunal, oír de su boca aquellas terribles palabras: *Disceditis á me, nescio vos*: Apartaos de mí, que no sé quién sois, no os conozco.

*El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis: et date elemosynam. Facite vobis sacculos: qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in caelis, quo fur non appropriat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vestester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen: un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladrón, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

## MEDITACION.

DE LA LIMOSNA.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que la limosna en nuestra religion no es de simple consejo, sino de precepto. ¡Qué error tan grosero pensar que la caridad cristiana es obra de supererogacion! Cristo nos intima un precepto expreso de dar limosna, y es tan riguroso este precepto, que bastará no haberle cumplido para ser reprobados de Dios, y para oír de su divina boca aquella formidable sentencia (1): *Id lejos de mí, malditos, al fuego eterno*. ¿Y por qué, Señor? *Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; porque estaba desnudo, y no me vestisteis*. Es cierto que un Dios tan bueno y tan justo nunca reprobará al hombre por haber omitido sus consejos, sino por haber violado sus preceptos. Di ahora que la limosna es un acto de pura devocion.

*En verdad os digo* (2), añade el Salvador del mundo, *que todo lo que hicieris con estos pequeñuelos que veis aquí, conmigo lo haceis*. Despues de esto, ¿no es digno de admiracion que haya pobres en la Iglesia de Dios á quienes falte todo? ¿que los haya en medio de cristianos persuadidos de la verdad de este artículo que es de los mas importantes y de los mas bien fundados de nuestra religion, conviene á saber, que se hace con Dios lo que se hace con los pobres.

¿Podía Cristo hacer á los pobres partido mas ventajoso, que ponerse en su lugar? ¿podía la divina Providencia consignarles fondo mas abundante para su subsistencia? Y si entre los cristianos hubiera fe, ¿habría entre ellos hombres mas felices que los mi-

(1) Matth. 25. — (2) Id.